

Horizontes de

8/7/62

la Cultura

CRISIS VANGUARDISTA Y NUEVO CLASICISMO

por DIEGO MIRAN

A César Fernández Moreno la vocación poética le viene por la sangre: su padre y alguno de sus hermanos, según cree saber el cronista, crearon poesía. En él la vocación se ha resuelto en análisis del fenómeno poético, a cuyo misterio ha dedicado un ensayo ("Introducción a la Poesía", Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, México, 1962) donde intenta elucidar el conflicto entre "poesía tradicional" y "poesía de vanguardia" —tales son los no muy justos términos de una divergencia que, en su entender, origina confusión y desconcierto entre los lectores— mediante la razonada exposición del profesor.

Para Fernández Moreno, la "poesía tradicional" responde al término que predomina en la creación: ora el objeto (realismo), ora el sujeto creador (romanticismo), ora la obra en sí (poesía poética), ora el sujeto receptor (poesía social), a cuyas cuatro tendencias hay que añadir, de acuerdo al examen, el clasicismo, que procura el equilibrio de dichos diversos factores. Para ilustrar su tesis lleva a cabo la descripción y la crítica de un soneto —característica forma de la "poesía tradicional"—, señalando en él grandezas y miserias. Las exigencias del formalismo (musicalidad, principalmente) redujeron, según el autor, la capacidad expresiva de la "poesía tradicional" al punto de convertirla en un instrumento poético ineficaz. Desde 1908, con el unanimismo de Jules Romains, aparece el vanguardismo (anunciado ya por los simbolistas franceses y sus continuadores), que se ofrece como ajustado a las motivaciones y esencias del mundo actual, pero que, al mismo tiempo, cava el divorcio entre el poeta y las masas. El vanguardismo se rebela entonces contra la belleza bella (valga la redundancia si se entiende la adjetivación como culto a ciertos modelos consagrados), contra la música, contra el lenguaje mismo (de ahí el letrismo, disolución del medio comunicativo por excelencia). Ahondado sin pausa hasta hace unos años el distanciamiento poesía-público, Fernández Moreno postula para ahora una necesaria reconciliación.

¿Sobre qué bases? No sobre una vuelta al pasado ni por una aceptación de los extremos individualistas, sino merced a una poesía libre que "perciba los valores centrales de lo humano", equidistante del nihilismo y de la reacción. El americano Viereck y el brasileño Drummond de Andrade ("No seré el poeta de un mundo caduco. / Tampoco cantaré al mundo futuro. / Estoy cerca de la vida y escucho a mis compañeros.") son ejemplos patentes de lo que puede ser esa poesía nueva, renaciente de los signos y las cábalas. El último capítulo del libro es la exposición de lo que Fernández Moreno piensa que es la Poesía, la auténtica, la que se espera ver campear como otrora la oda olímpica, el romance heroico, la canción trovadoresca. Para probarlo asume en su libro la realidad concreta de hoy, la literatura tal cual es al presente, las diferencias entre poesía y prosa, la poesía activa y la contemplativa, el cine, la lírica, la filosofía y la vida, delimitando campos y precisando coincidencias. En la formulación de menos una profecía que un deseo culmina el estudio: "Pasado ya el fragor de la batalla vanguardista, degenerado tanta veces en forcejeo snobista; consumada la gigantesca revolución que ha librado a las artes de sus trabas expresivas, dejándolas en libre posesión de una serie de recursos como pocas veces han tenido en la historia, sobreviene o deberá sobrevenir algo así como el clasicismo del vanguardismo, eso que, en el terreno lírico, hemos llamado poesía de postvanguardia".

Mucho más que lo anotado contiene, por supuesto, la "Introducción a la Poesía" de Fernández Moreno. Nuestra divergencia, sin embargo, no es de detalle sino de conjunto: ¿no hay tras la "poesía tradicional" de cada edad un periódico vanguardismo, una regular renovación, de la cual la más reciente, la de las corrientes de este siglo, es una ola mayor —o que nos parece mayor por la proximidad—, no la primera ni la última? De ser así, la dicotomía absoluta planteada por el libro perdería validez. En todo caso, como decía D'Ors, el hombre, la filosofía y el arte son, en cualquier época de la historia, clásicos o románticos alternadamente. Salimos de un romanticismo (sucumbió entre horrores bélicos) y entramos en estas décadas en el clasicismo de la paz y la universalidad humanas, cuya poesía las celebrará.